

De Précý / Jorn. (2018). El jardín perdido. Elba. BARCELONA.

por la flora silvestre y hasta de la nostalgia algo dolorosa que se percibe en el pasaje citado. Keats también ha escrito que el poema ha de nacer de manera espontánea, como las hojas de un árbol. ¿No es de este modo como ha de surgir un jardín selvático? De manera espontánea, como un lirio amarillo en la margen de cursos de agua. Como en la poesía, debe poderse olvidar el esfuerzo, el trabajo, la intención, para que la obra respire vida.

Más cercanos a nosotros, otros grandes espíritus de nuestro país, sobre todo Ruskin y William Morris (él, una vez más), soñando tiernamente con los *cottage gardens* de antaño, intentaron reintroducir en el corazón de la jardinería la pasión por la naturaleza. Desde su punto de vista, el jardín selvático era una manera de volver a pensar el paisaje, el lugar del hombre en su entorno natural, y, sobre todo, una cuestión de pasión. Entre aquellos pensadores socialistas, dicho enfoque del cultivo del jardín corría parejo a una aversión hacia la sociedad industrial. Según la visión de Morris, el jardín era un espacio de creación tanto para el hombre como para la naturaleza. Cada individuo, trabajando en el seno del mundo vegetal, podía desarrollar su talento artístico y liberarse de lo que Karl Marx llamaba la «alienación» del proceso productivo moderno. En el jardín de la antigua abadía de Merton, donde había instalado su taller de creación de tapices, telas y vidrieras, Morris había materializado un ideal de vida en el cual el arte, las plantas, la poesía y las habilidades artesanales de los hombres se mezclaban alegremente.<sup>16</sup>

16. Esta empresa no le sobrevivió, es cierto, pero sería un error ver en ello un fracaso. ¡Este lugar ha existido! El jardín y los artesanos

Sin embargo, que yo sepa, ni Ruskin ni Morris han utilizado la expresión «jardín selvático». Los jardines que crearon sólo contienen las semillas de tal visión poética, pero también política, del jardín y de la jardinería. Desde entonces, la han retomado jardineros profesionales que se consideran herederos de estos pioneros visionarios. Transformada en teoría, ha sido obviamente edulcorada y vaciada de su impulso espiritual.



¿Qué se entiende hoy por «jardín selvático», «natural» o «silvestre»? Un conjunto de técnicas, eso es todo. Para empezar, hay que desterrar las flores anuales exóticas del jardín, sus formas artificiales y sus colores chillones. Se preferirán las herbáceas de la región o aquellas que provienen de climas parecidos al nuestro en lugar de estos vegetales que no están adaptados a nuestro clima y que exigen esfuerzos considerables por parte del jardinero. Así, se acabará con los invernaderos y sobre todo con los horribles arriates de flores que desfiguran los jardines en beneficio de flores sencillas, humildes, encantadoras, de bosques y campos. Por último, el jardinero no se limitará a ejecutar mecánicamente las tareas. Ha de intentar, antes que nada, com-

de William Morris trabajaron en armonía durante algunos años. Allí se produjeron hermosos objetos, inspirándose en los motivos florales del jardín y la poesía de la naturaleza. Un día, alguien lo recordará y dirá: si esto fue posible una vez, ¿por qué no volver a intentarlo? Y nacerán otras abadías de Merton, quizás, en el futuro. Otras utopías se convertirán en lugares reales, efímeros como los jardines, pero muy reales.

prender las leyes del mundo natural, convirtiéndose éste en el modelo mismo del jardín. Si quiere plantar narcisos o crocus, por ejemplo, el jardinero observará primero la manera en que estos bulbos proliferan en los bosques o al pie de árboles caducos; luego plantará los bulbos en el recinto de su jardín, en las mismas condiciones de sol y de luz. Entonces dejará que crezcan a su gusto, como sucede en los bosques.

Todo esto está bien, lo admito de buena gana y constituye un avance considerable con respecto a las prácticas nefastas que han desnaturalizado el jardín inglés. No obstante, para los teóricos de estos nuevos métodos, el jardín selvático ocupa la parte de la propiedad más alejada de la casa. Para ellos, el primer plano, alrededor de la vivienda, lo siguen ocupando los macizos de flores y los arriates bien ordenados. Sin duda, hasta para esos campeones de lo natural, ¡la vegetación silvestre no es digna de rodear el espacio civilizado de la casa! Así, sólo cuando se alcanzan los límites de sus parques tiene uno el sentimiento de que a la naturaleza se la ha dejado libre para que pueda alcanzar su plenitud y que el lugar se vuelva realmente salvaje. Ahora bien, para mí, es el conjunto del jardín el que exige ser liberado de toda forma artificial. Creciendo libremente, la naturaleza, apenas guiada por la mano del jardinero, ha de poder dialogar con la casa, el espacio vegetal ha de mezclarse con el espacio humano hasta confundirse con él.



Un jardín selvático le reserva al jardinero cada día alegrías inesperadas y sorpresas sin fin que lo recompensan

por los esfuerzos de sus manos y músculos. Cada primavera florecen a su alrededor flores nuevas que no ha sembrado; una estación particularmente lluviosa tapiza sus caminos de musgo creando un suelo mullido en el cual se hunden suavemente sus pies; árboles y arbustos que crecen libremente se van convirtiendo poco a poco en rincones íntimos, mientras que los que mueren hacen aparecer bruscamente nuevas vistas... «Pero ¿para qué sirve el jardinero en un jardín como éste?», se preguntarán. Pues bien, está allí únicamente para regular las energías de este movimiento constante de vida, dirigiendo la música secreta del jardín como si fuera un director de orquesta. ¿Cómo? Arrancando vegetales invasores que se han vuelto peligrosos para sus vecinos; dibujando senderos con la ayuda de una hoz a través de praderas floridas; plantando especies hortícolas que se mezclarán con las silvestres; protegiendo el silencio y la paz que todo lugar hermoso necesita. Así, todos los días, el jardinero participa en la creación del jardín, en su eterno nacimiento.

Pero, primero, debe aprender a dejar de lado de vez en cuando sus herramientas de jardinería. En lugar de afanarse sin cesar, ha de comprender dónde se encuentra, cuáles son las fuerzas que actúan en su jardín. A veces, no hacer nada es la mejor elección. Otras veces, basta con un gesto o dos de la mano, efectuados en el momento justo. Los sabios taoístas no decían otra cosa cuando predicaban el *wu-wei*, el «no actuar». Dejar de actuar quiere decir no intentar ir más allá de lo que surge espontáneamente, no actuar, por muy calculados que estén los actos, con el objetivo de obtener más de lo que la vida nos ofrece. Así, la única regla de

la jardinería selvática es: ¡jardineros, hagan lo menos posible, dejen a la naturaleza el grueso del trabajo, retírense lo más posible del cuadro. Y su único eslogan, si es que hace falta uno: ¡sean perezosos! Sí, en mi jardín ideal, la jardinería es, ante todo, una obra del corazón y de la mirada. Como dice un autor anónimo chino

Así, inmóvil, sentado sin hacer nada,  
Llega la primavera, la hierba crece por sí sola.



El lector lo habrá comprendido: a mi modo de ver, este enfoque del jardín es el único que permitiría reintroducir la magia en el jardín, y también en el mundo. No se trata de crear la ilusión de que el jardín se va haciendo por sí solo, y de que el jardinero no sirve para nada, sino de reencontrar las raíces naturales de ese sitio, su alma primitiva. Los paisajistas del Renacimiento, lo hemos visto, lo hacían jugando con las estatuas, el agua de las fuentes, las grutas. Nosotros, los modernos, para quienes la naturaleza se ha vuelto una perfecta extranjera, podemos hacerlo dejando que la vida prospere lo más libremente posible, jugando con la vegetación en estado «bruto». El jardín es salvaje por naturaleza. Alejarse demasiado de los orígenes, como sucede hoy en día, sólo puede tener consecuencias nefastas.

A William Morris le gustaba repetir que el arquitecto moderno ya no tiene un estilo propio. Por mi parte, yo agregaría que lo mismo sucede con los jardines, donde ya no se inventa nada desde hace, por lo me-

nos, un siglo. Pasó la época de los hallazgos poéticos de los jardines italianos o la de las audacias ópticas de los parques franceses. Cuán lejos ha quedado el siglo en que Pope y sus amigos abrieron con un gesto poético el jardín hacia el paisaje... Desde hace un siglo no se hace más que repetir las formas del pasado, como estudiantes concienzudos, sin comprender el espíritu ni la historia del lugar. Nuestros paisajistas son ejecutores, a veces brillantes, audaces, inteligentes, pero desprovistos de originalidad. ¿Por qué no aprovechar esta pérdida de referentes? ¿Por qué no ver en esta pobreza una posibilidad de libertad y de renacimiento de un arte perdido? Dicha posibilidad es, para mí, el jardín selvático. Dejemos que la naturaleza reinvente nuestro arte, como ocurrió, sin duda, en el comienzo de la historia.

Es lo que he intentado hacer en Greystone y lo que seguiré haciendo mientras este lugar, al que nunca he considerado como mi propiedad, esté bajo mi responsabilidad.

Y mis pensamientos vuelven como siempre hacia él, a aquel jardín que se me parece y a quien, sin duda, he terminado por parecerme un poco. Mi sueño, mi refugio, mi pequeño Edén. Entonces salgo de mi despacho y me detengo en el umbral de la casa. El jardín está todo florecido. Tan lleno de sol que uno se creería en el Sur, a unos pasos del Mediterráneo. Me digo —como de costumbre— que nunca ha estado tan hermoso. Sí, este jardín sólo se parece a sí mismo. Como si fuera a propósito, Samuel, mi jardinero, está acostado perezosamente bajo un gran tejo. Le tienen sin cuidado las viejas historias según las cuales la sombra de este árbol

provoca la muerte de aquellos que en ella se tienden. Se ha pasado parte de la mañana removiendo la tierra en el huerto y los músculos de los brazos reclaman descanso. Con la cabeza en la hierba, abandonado como el primer hombre en un paraíso solitario, está durmiendo. ¿Con qué sueña? Quizás con su infancia, que pasó en lugares de los que nunca me ha hablado. O con los deseos, más inconfesables, que permanecerán, también ellos, ocultos. En el fondo, me digo, sé tan poco sobre él. Sus sueños, se los confía en este momento al jardín que, con los años, se ha convertido en *nuestro* jardín. Así, su espíritu se nutre de la paz que reina aquí y ahora, y el lugar se nutre de sus sueños. Sin despertarlo, salgamos de la casa y crucemos la pradera. Ya es hora de que les invite a visitar mi jardín.



## ¡Greystone!



Si el lector recorre la ruta que sale de Chipping Norton en dirección a Oxford, algunos kilómetros después del pueblo, pasará justo al lado de mi jardín. Pero no lo verá. Vislumbrará, a la izquierda, una masa tupida de árboles que, para un ojo sagaz, sólo la diversidad de los verdes distingue del bosque que lo rodea.

Greystone es un pequeño parque situado al pie de un acantilado abrupto, en un terreno que desciende en una suave pendiente hacia la planicie. Si apenas se lo puede distinguir desde afuera, es porque he plantado decenas de árboles a ambos lados de los muros que rodean el recinto del parque. Así, en cuanto uno cruza la verja, se olvida del paisaje de los alrededores: las chimeneas de las fábricas de Chipping Norton en la lejanía, el ruidoso tren que uno ha tomado para venir, las ciudades miserables y las vidas solitarias que allí llevan los habitantes. ¿Fue una elección deliberada por mi parte cuando planté el jardín? ¿Crear un universo cerrado en que la brutalidad del mundo moderno y de la historia no pudieran entrar, para que la alegría que nos procura un jardín fuera aún más intensa? No sabría decirlo. En todo caso, mi jardín está separado del mundo, como si lo rodearan unos murallones infranqueables.<sup>17</sup>

17. La semana pasada recibí la visita en Greystone de un joven escritor alemán muy prometedor, quien ha viajado mucho por